

desde Chiapas

¿Todos somos indios?*

Carlos Monsiváis

Si hay algo difícil de interpretar es el reconocimiento público a un movimiento que a sí mismo se califica de subversivo. Si el rechazo es transparente (determinado por el anhelo de orden, la exigencia de mano dura, el temor a las consecuencias económicas y el odio a cualquier disidencia), en el reconocimiento intervienen diversos factores. En el caso del EZLN y del subcomandante Marcos localizo, entre otras, estas variantes:

—Exigencia de una paz digna y rechazo del aplastamiento de un grupo al que se le atribuyen ideales y coherencia.

—Emoción juvenil o juvenilista ante el desafío a los poderes establecidos.

—Reconocimiento crítico y autocrítico del racismo y sus consecuencias devastadoras, y apoyo a las reivindicaciones surgidas de las etnias.

—Entusiasmo por quienes en primera y última instancia no se dejan en un país sometido a la pasividad.

—Radicalismo ultraizquierdista que se agota en la proferición de admiraciones como maldiciones, y se nutre de la intransigencia sectaria.

—Respeto por quienes deciden cambiar, al precio de sus vidas, un estado de cosas intolerable.

Estas posiciones se combinan y se unen en manifestaciones, documentos, actitudes. Y esto también incluye a quienes encuentran en Marcos y en el EZLN signos visibles de protagonismo y de terquedades dogmáticas. Sin embargo, y creo comprobable mi afirmación, en la mayoría de los distintos niveles de reconocimiento de la causa del EZ y de Marcos (nunca exactamente lo mismo) no priva

* Publicado en *La Jornada* del 17 de febrero de 1995.

un refrendo hipócrita de la lucha armada, ni se reactivan los sueños de los ultras de los setentas, ni se evoca el "socialismo a la cubana", tan tristemente en ruinas. Lo que domina, y encauza el apoyo, es la visión de un país distinto, regido por un proyecto de justicia social y un sistema de frenos a la impunidad. No niego los excesos verbales a que conduce el fervor por Marcos y el EZ, ni disminuyo la ramplonería de la ultra (tan idéntica a la ramplonería de la línea dura oficial), pero esto a fin de cuentas es marginal o secundario. Lo fundamental es la necesidad de paz y democracia política y económica, términos por lo común vacíos que aquí resultan indispensables para vivir.

"Todos somos indios". La consigna de las manifestaciones es inobjetable en la medida en que asume el orgullo (novedad histórica) por un componente básico de la nacionalidad. ¿Pero qué decir de "Todos somos Marcos"? La frase parece en exceso retórica, fruto de la pasión militarista, del frenesí romántico o de la escenografía mesiánica. Así es sin duda en algunos casos, pero ante el propósito oficial (transformar un grave problema político en mero asunto judicial), la oposición a la guerra y el macarthismo enuncia algo muy sencillo: si condenan a Marcos por querer un mundo mejor, un México más justo, que me condenen a mí y a todos nosotros por querer lo mismo. Esta es la lógica: somos culpables por anhelar, desde la demanda pacífica, lo que otros desde la precariedad bélica.

El énfasis en el EZLN y en Marcos puede interpretarse como vocación guerrillera. Pero, si me fío en el comportamiento de la sociedad civil (de *esta* sociedad civil de izquierda y de centro-izquierda) a partir del primero de enero de 1994, llego a otra conclusión: los sectores simpatizantes de los zapatistas, en su abrumadora mayoría, no son partidarios en lo más mínimo de la lucha armada. Y no hay aquí "esquizofrenia" alguna. No se puede olvidar, por más exaltación que haya, la desolación y la muerte que traen consigo la guerra y la militarización de las ideas; pero tampoco se desestiman los factores que condujeron a la violencia desde abajo: la desaparición del estado de derecho (notoria en Chiapas); la impunidad de finqueros, ganaderos y sus guardias blancas; la persistencia del fraude electoral y de los abusos del centralismo y el PRI; los asesinatos selectivos que diezman los liderazgos de las comunidades; la

muerte por enfermedades curables de decenas de miles cada año; la falta absoluta de estímulos culturales; el saqueo de los recursos públicos y la explotación inicua de los trabajadores. Y si no se acepta la viabilidad de la lucha armada, sí se matiza la calificación de los rebeldes, que han querido transformar el sistema para disponer de vidas dignas. Es enorme la presencia de Marcos y los zapatistas en el reactivamiento del espíritu de justicia social. Este capital moral, tan ignorado por el gobierno, no ha disminuido perceptiblemente en los días recientes, quizás al contrario.

No obstante la demagogia o el habla ultraizquierdista que envuelve muchos de los pronunciamientos a favor del EZLN, lo esencial del apoyo no se debe a la exhumación de fotos de Marx y posters del Che Guevara o al lenguaje apocalíptico de diversos pronunciamientos del EZ, sino a la mínima y máxima utopía que el país consiente: la imagen de un país ya inconcebible sin las reivindicaciones indígenas y sin la reducción drástica de la desigualdad. Debido a esto un gran número de mexicanos no se ha sentido en momento alguno rehén del zapatismo o víctima de la amenaza indígena. Son muchísimos más los que se sienten rehén de la descomposición del poder judicial o de la corrupción gubernamental o de la ineptitud del Gabinete Económico. Es inaceptable, por falsa, la afirmación: "El EZLN... no es una organización campesina ni indígena" (En "El paquete informativo sobre la situación de Chiapas", de la Secretaría de Gobernación), y fue más bien ridículo el despliegue televisivo de unos arsenales pobrísimos que, se supone, justificaban el endurecimiento del régimen, "que salvó al país de la desestabilización" ..

¿Qué elementos de la vida chiapaneca intervienen en el apoyo a Marcos y el EZ? Desde luego las evidencias: el carácter feudal de la derecha chiapaneca (priísta) y su comportamiento criminal, las profundidades del racismo, el desprecio por los derechos humanos. Faltan por revisar otros hechos: la suerte de los desplazados, la conducta de los zapatistas en las zonas que ocuparon, la índole de su pensamiento político. Pero por lo pronto quienes protestan por la militarización de la zona de algo están seguros: sin la presencia de los indígenas armados y sin el discurso de Marcos (tan falible literariamente como le parezca a sus críticos) la situación de inhumanidad en Chiapas, y en el mundo indígena, jamás le habría interesado al gobierno, la sociedad y a muchos sectores internaciona-

les, ni se habrían puesto en marcha todos los programas de ayuda gubernamentales. En esto piensan quienes protestan: en gobernadores como Absalón Castellanos, Patrocinio González Garrido, Elmar Setzer; en el saqueo minucioso del país a cargo de los neoliberales; en el racismo que insiste en calificar de "títeres" a los "indios"; en los líderes indígenas torturados y asesinados. Si esto no invalida la crítica a la violencia como solución sí la pone en perspectiva.

Conviene recordar también a los jodidos, esos que según los empresarios se resignan a sólo ver televisión. Ellos, hasta donde se puede saber, no están de acuerdo con la destrucción de Marcos y el EZLN, ni tampoco, y las pruebas están a la vista, se interesan en la lucha armada. Sin embargo, le conceden a los zapatistas la representación de su profundo, inmenso agravio. Y este fenómeno psicológico, que ya trascendió su carácter de moda, es un hecho político de consecuencias impredecibles.

En la oposición a la guerra, en el rechazo de las tácticas macarthistas, en la defensa de los derechos humanos y civiles de los indígenas, se afirma la carga cívica de un movimiento al que sus denostadores quieren encajonar en la ambición guerrillera. No dudo, repito, que ésta se dé en algunos grupos, los mismos que califican a la izquierda de "reformista" y proclaman su fe anti-intelectual y su culto del rencor, pero lo que vemos ahora es, en lo esencial, un movimiento en pro de los derechos humanos y civiles, que encuentra la raíz del problema en la desigualdad y el racismo. El gobierno se equivocó al abandonar la búsqueda del diálogo y elegir la vía militar y la persecución policiaca. La sociedad descrea de la violencia, y no quiere más zapatistas y soldados muertos en Chiapas. En este sentido, en el de la demanda de un país en verdad regido por la ley, si no todos, sí muchísimos somos indios.